

integración, de asomos al absoluto y de entrega a lo inmediato, de agricultor y académico, de hombre de la tradición y de crítico e innovador. Una suma a veces feliz, a veces dolorosa.

No cabe duda, vale la pena leer esta Autobiografía. Y desde ella el lector se sentirá tentado a buscar los cuentos y novelas del autor, que merecen mayor difusión de la alcanzada hasta ahora.

HUGO MONTES

<https://doi.org/10.29393/At452-33TMHP10033>

LA TERTULIA MUSICAL DE LOS IRIZARTE

De Gabriela Lezaeta

Editorial Andrés Bello, Santiago

(Premio María Luisa Bombal de la Municipalidad de Viña del Mar, 1985)

Tal vez sea un símbolo —un signo— en esta novela de Gabriela Lezaeta, titulada *La tertulia musical de los Irizarte* que la tertulia desaparezca, no comience o no termine y se esfume sin alcanzar mayor realidad.

Tal vez un símbolo, pues casi todos los personajes que se mueven en esta narración están ligados de una u otra manera al mundo que la tertulia parece encarnar. Pero la tertulia se disuelve.

Es así la historia: como vista entre brumas, sin colorido, sin pronunciados relieves, en tono menor, para emplear términos musicales. Hay, dentro de la casa, una seducción y un aborto; hay, en las calles de la ciudad, el saqueo tras la Revolución de 1891; hay el amorío del patriarca; hay la actividad comercial de este mismo patriarca, que no se revela ante el mundo, porque es vergonzoso que un 'caballero' se dedique al comercio minorista; hay el socio descarado que se aprovecha de estos pudores aristocráticos; hay el hijo díscolo y dado a la bohemia elegante; hay, etc.

Muchas cosas. Acaso demasiadas para novela tan breve. Y todas importantes, y todas disueltas en la atmósfera vaga, átona, en que la novela se desenvuelve como si fuera un recuerdo muy lejano.

Estas condiciones se advierten hasta en la forma de escribir: largos párrafos en que se economiza hasta la parquedad el punto aparte. La autora abre las compuertas de su prosa y ésta fluye, calma e ininterrumpidamente, como un río tranquilo, sin rápidos ni caídas.

Así, sin culminaciones, sin contrastes —como ocurre en esas viejas fotografías de familia— los dramas, las pequeñeces y las tragedias de los Irizarte y su universo de fámulas y dependientes, se van deslizándose hasta la muerte final, la del jefe de la tertulia.

Vuelvo a la idea inicial: Sí, es posible que Gabriela Lezaeta haya usado como un signo este escamoteo de la tertulia para recalcar sin palabras y sin rebusques psicológicos el espíritu de una familia 'fin de signo', que se va hundiendo en una irremediable decadencia, aprisionada en su incapacidad para resolverse a hacer algo más que existir.

Hay detrás de esto todo un proceso social que la autora señala y ejemplifica de modo implícito y sin recargar las tintas.

HERNAN POBLETE VARAS

NADJA

De *André Breton*

Traducción y prefacio de Braulio Arenas.

Editorial Universitaria. Santiago 1986.

Bella edición. Libro de lujo. Quizás el más extraordinario texto narrativo de André Breton, escrito con las facultades del estilo clínico. Dos o tres maestros modernos sellan el destino de toda una juventud: Rainer María Rilke, André Gide, André Breton. Aquí, por lo menos, se nos había majadereado tanto con que los recién nacidos venían de París, que, buscando acaso de nuevo el claustro materno, en una típica manifestación freudiana, nos obsesionamos con el rescate de París. En el prefacio, magistral prefacio en todo el sentido de la palabra, Braulio Arenas revela que no saca nada con evadir la marca (sí, la marca, no la impronta) surrealista de su destino. Braulio Arenas nació surrealista y morirá surrealista. Lo comentábamos un día con Enrique Gómez-Correa, en la esquina de Huérfanos y Ahumada (esquina norponiente, para usar la exactitud facultativa de Breton). En el prefacio de *Nadja* (prefación, más bien), Braulio Arenas, Premio Nacional de Literatura 1984 gracias a la virtud justiciera de verdaderos conocedores de la revolución que implicó en Chile la aparición del Grupo "Mandrágora", diserta sobre el maestro Breton a corazón abierto. Es subyugante y patética, por ejemplo, la inocencia, digna de un legítimo surrealista, con que expone el nerviosismo que hacía presa de él y del gran poeta Rosamel del Valle, en 1929, ante la expectativa de la llegada de los primeros volúmenes de *Nadja*, obra aparecida en 1928 en París, a ciertas librerías de Santiago. "Estábamos en 1929 —escribe Braulio Arenas—, y no sé ahora, en 1986, cómo se podía estar todavía con confusos proyectos, todavía sin comprender seriamente 'la lucha por la vida' (pero, ¿realmente se puede emprender tal combate?), sin saber cómo se podía estar con tanta juventud, con tanto misterio, con tanta ciudad girando en pleno por encima de nuestras cabezas (el mismo Rosamel daría buena cuenta de Santiago, de este carrusel de calles, de bares y de mujeres, ese mismo año, en su hasta ahora maravilloso *País blanco y negro*).

Reconoce Braulio Arenas: "*Nadja* no era para nosotros el comienzo de la palabra esperanza, sino la esperanza redonda, la esperanza entera".

Nadja en verdad es la novela clínica de esa enfermedad que algunos sostienen que se cura con los años y que se llama juventud. ¿Quién que no estuviese desprovisto del anhelo de conocer "la otra cara del sueño" no la vivió así? A título propio, pertenezco desde luego a una generación que varios años después salió desesperadamente en busca de "Nadja". La divisábamos en los vericuetos nocturnos de unas callejuelas de la